

La identificación del enemigo. La ideología liberal conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta.*

◆ *Mariana Heredia.*

Introducción

Cierta inquietud envuelve a quienes se adentran en la historia argentina de los años setenta. Inquietud visceral por escrutar un pasado preñado de significaciones trágicas e inquietud intelectual por el temor de alimentar una literatura que, heredera del duelo, pocas veces escapa y renueva las interpretaciones que anidan en el sentido común.

Una inquietud adicional recorre este trabajo. Ni las fuerzas políticas radicalizadas ni la izquierda peronista ni el derrotero del gobierno asumido en 1973 serán objeto inmediato de nuestras preocupaciones. En su estudio se ha cifrado gran parte de la reflexión en torno de los años setenta y muy poco podríamos aportar a lo que ha sido dicho. Existe un aspecto, no obstante, que parece inexplorado. La conflictividad social y política de principios de esta década y la creciente efervescencia simbólica que la acompañó han alentado preferentemente investigaciones consagradas a los discursos y

* Este artículo presenta resultados preliminares de una investigación llevada a cabo en el marco de una beca de la Universidad de Buenos Aires. Se inscribe, a su vez, en un proyecto más amplio sobre "Crisis política y emergencia de la nueva izquierda", con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma universidad y dirigido por el Dr. Alfredo Pucciarelli. A él mi agradecimiento por su apoyo sin el cual este trabajo no hubiera sido posible.

◆ Actualmente becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), mar_heredia@hotmail.com.

prácticas de quienes adherían a los procesos de radicalización, descuidando el carácter dialógico, mutuamente referencial de toda disputa política.

No se trata de que la relación entre cultura y poder haya sido soslayada. Por el contrario, el análisis de la *intelligentsia* en la política argentina de los años sesenta y setenta ha ocupado un lugar de privilegio.¹ La cuestión es que, a pesar de las definiciones laxas acordadas por la mayoría de los autores, el interés por las ideas políticas del período se circunscribió, prácticamente sin residuo, a las concepciones que detentaban la izquierda, el peronismo y, sobre todo, la izquierda peronista. Este recorte obedeció a un atributo que no estaba necesariamente presente en las definiciones enunciadas: la posición relativa de los sujetos dentro de las organizaciones destinadas a la producción y reproducción del conocimiento y la cultura. En efecto, si intelectual es aquel que mantiene un vínculo estrecho con la universidad y el campo cultural, es innegable que estos espacios fueron hegemónicos, hasta bien entrados los años setenta, por quienes se identificaban con la izquierda y el peronismo.

Nuestro interés aspira, en cambio, a asumir una perspectiva en clave gramsciana del pensamiento político y de los intelectuales que lo producen, una que reconozca su papel como articuladores de la dominación o la crítica. En este sentido, el conocimiento que heredamos se revela descompensado. El tratamiento de la evolución ideológica y las concepciones de quienes se identificaban con el ala izquierda del espectro político no ha tenido como correlato un estudio exhaustivo y cuidadoso de quienes defendían posiciones antagónicas. Sólo las apreciaciones de las Fuerzas Armadas han captado cierta atención. Sin embargo, remiten a un período posterior o se limitan a la enunciación doctrinaria en la cual los comentarios de coyuntura están casi ausentes.²

Varios analistas³ han señalado que la crisis política de los años setenta constituyó una amenaza a las bases de la dominación social. Se refieren así, a la erosión generalizada de los vínculos que constituían las clases sociales y sus formas de articulación. Indudablemente, el ciclo enmarcado por el cordo-

¹ Para citar sólo los trabajos más importantes: Altamirano (1992), Sigal y Verón (1988), Sigal (1991) y Terán (1993).

² Dentro de los análisis de las posiciones ideológicas de las instituciones castrenses, ver: Cheresky y Chonchol (1985), García (1995) y López (1987).

³ Entre ellos: Cavarozzi (1988), Portantiero (1977) y O'Donnell (1982).

bazo⁴ y el golpe de Estado de 1976 agudizó el carácter ingobernable de la sociedad argentina. El control del proceso productivo por parte de los empresarios, la capacidad de los funcionarios públicos de imponer autoridad y el monopolio estatal de la violencia legítima fueron puestos en cuestión. Ya otros trabajos se han encargado de señalar el modo en que los sectores superiores de la sociedad vieron desafiadas sus prerrogativas. Ahora bien, de esta primigenia constatación se suelen derivar conclusiones sobre la conducta de las “clases dominantes” que habrían respondido de modo homogéneo y acompasado a los peligros inminentes.

Suponemos, por el contrario, que si las clases sociales no remiten únicamente a un conjunto de atributos socioeconómicos comunes, precisan, para traducir sus intereses en el campo político, de sectores que construyan ideológicamente la realidad, superen las diferencias al interior de cada grupo y los definan como sujetos con experiencias y reclamos coincidentes. La reacción frente al peligro no es, por lo tanto, instantánea. Los intelectuales ligados con la derecha debieron interpretar información, identificar enemigos y proponer estrategias de oposición y resistencia. Debieron, también, ensayar discursos capaces de trascender los intereses del sector afectado en pos de persuadir a terceros de que correspondía tomar posición a su favor. Debieron apelar, en suma, tanto a la “crítica de las armas” como a las “armas de la crítica”.

Hacia mediados de la década del cuarenta, con la irrupción del peronismo en la esfera política y la consolidación de los grandes sindicatos como canales privilegiados de los conflictos distributivos, el liberalismo identificó en este movimiento a su principal adversario. Más allá de las fisuras dentro del antiperonismo y de las responsabilidades divergentes asignadas al líder y a sus partidarios, la politización de los conflictos sociales redundó en una fractura en la cual los sectores más altos de la sociedad articularon su identidad en oposición al régimen depuesto.⁵ La antinomia peronistas-

⁴ Nos referimos a los sucesos acaecidos en Córdoba el 29 de mayo de 1969 en los cuales se produjo la confluencia de movilizaciones obreras y estudiantiles, con amplio apoyo de los habitantes y que culminaron con el desborde de las fuerzas policiales y el control de la ciudad por parte de los manifestantes. Este hecho constituye el primer hito del proceso de movilización y radicalización social y política que vivió la Argentina en la década del '70. Al respecto puede consultarse: Balvé y Balvé (1989), Brennan (1996) y Servetto (1998).

⁵ El discurso antiperonista no ha sido objeto de un análisis sistemático. Pueden mencionarse tan solo estudios que abordan de manera marginal las percepciones de las corporaciones empresarias: Acuña (1988) y Sidicaro (1982), y las críticas formuladas al peronismo por intelectuales de derecha e izquierda: Svampa (1994) y Navarro (1995).

antiperonistas escindió a la sociedad argentina en bandos aparentemente irreconciliables. ¿Qué sucedió cuando otras fuerzas irrumpieron en la escena pública radicalizando sus demandas y métodos de confrontación?

Analizaremos las editoriales políticas de tres de los representantes más tradicionales e influyentes de la ideología liberal conservadora, los diarios *La Nación* y *La Prensa* y la revista católica *Criterio*.⁶ A diferencia de otros enfoques que conciben globalmente y sin fisuras al discurso de la derecha nos interesa explorar en los matices y conflictos entre sus diversos representantes. ¿Coincidieron en sus diagnósticos?, ¿identificaron de modo convergente a los principales focos de peligro?, ¿caracterizaron a las protestas y reclamos como parte de un movimiento contestatario articulado?, ¿propusieron estrategias similares para combatirlos? Es la imagen de la conflictividad social y política en la retina de estos “intelectuales colectivos” la que nos interesa y es el esfuerzo explicativo y la construcción ideológica de la amenaza que desembocó en el golpe de Estado la que está en el origen de nuestros interrogantes. Intentaremos, pues, dilucidar el modo en que cada publicación se posicionó frente a los conflictos considerando la identificación y caracterización propuesta sobre sus adversarios y exploraremos la medida en que la dicotomía antiperonismo-peronismo persistió o fue revisada por sus interpretaciones.

Todas las publicaciones que analizaremos nacieron fuertemente asociadas con posiciones político-partidarias explícitas, no obstante, a lo largo del siglo fueron adoptando una pretendida neutralidad que les permitiera participar de los conflictos presentándose, a la vez, como analistas ajenos a los intereses involucrados. Esta presunta distancia y su acceso al gran público⁷ las convirtió en matrices privilegiada de decodificación de los hechos sociales. Como señala Wrong (1980), las habilidades argumentativas, el conocimiento disponible y la capacidad de difusión de las ideas, como cualesquiera-

⁶ Muchos sociólogos e historiadores han identificado a ambos matutinos como representantes de esta tendencia. Puede mencionarse a: Johnson (1967), Mc Gee Deutsch y Doklant (1993), O'Donnell (1982) y Sidicaro (1993). La revista *Criterio* fue tomada como representante del pensamiento conservador por Leis (1991).

⁷ Entre 1969 y 1976, *La Nación* contaba con 230.000 y *La Prensa* con 200.000 lectores diarios distribuidos en todo el país. Ambas cubrían al 20% del mercado de diarios nacionales (Fuente: Instituto Verificador de Circulaciones). *Criterio*, por su parte, aparecía (y aparece) quincenalmente y podía adquirirse en parroquias o por suscripción. Hacia 1974, sus lectores estaban concentrados sobre todo en Capital Federal, pero un 40% habitaba el interior del país (Montserrat, 1999, pág. 188)

ra otras fuentes de poder, no son recursos distribuidos igualitariamente. Si bien nuestro análisis se centra en el proceso de producción (o generación) de discursos, no de su consumo (o interpretación) por parte de los lectores, suponemos que la participación de la prensa liberal en la construcción de la realidad distó de ser nula. Tanto más fuerte su incidencia en la medida en que el espacio público argentino entre 1969-1976 fue reduciéndose progresivamente por el creciente anti-intelectualismo de la izquierda y por la censura tácita o explícita.

Argentina 1969-1976. Apuntes sobre la conflictividad social y política

La Argentina contemporánea no se ha caracterizado exactamente por poseer un régimen político estable y pluralista apto para encuadrar los conflictos entre los distintos sectores sociales. Muy por el contrario, entre 1930 y 1976 sufrió seis intervenciones militares y a partir de 1955 ningún presidente fue elegido libremente sin condicionamientos ni veto militar dentro de un proceso normal de sucesión. ¿Por qué razón entonces asignar a la crisis de fines de los años sesenta y principios de los setenta una naturaleza particularmente aguda y disruptiva?

Sin dudas, la masividad y la violencia de los conflictos nacidos al calor del estallido cordobés sólo son comprensibles en el marco de un cercenamiento político de larga data, cercenamiento que habría terminado por erosionar la legitimidad del sistema democrático como marco para la resolución de los antagonismos y el procesamiento de los cambios sociales. Se inscribe además, en términos más inmediatos, en la instalación de un gobierno que había profundizado el carácter excluyente del régimen político argentino al clausurar los mínimos canales de participación⁸ hasta entonces vigentes.

El cordobazo inauguró una profunda redefinición de los conflictos que habían precedido a la Revolución Argentina. Entre 1955 y 1966 tanto gobiernos constitucionales como militares habían sido jaqueados por los

⁸Las universidades nacionales fueron intervenidas poco después del golpe de 1966, con notable violencia por parte de las fuerzas policiales. La Confederación General del Trabajo (CGT), volcada a la oposición luego de su apoyo inicial, quedó desarticulada tras el fracaso de su "Plan de Acción" (1967) y la intransigente legislación represiva decretada y aplicada por el gobierno desde entonces.

reclamos de algunas organizaciones corporativas de la sociedad civil. Estas instituciones habían actuado siempre evitando verse ellas mismas desbordadas por las demandas de sus miembros. Su poder de presión sobre el Estado residía en la capacidad de actuar como sujetos unificados susceptibles de activar y refrenar la movilización de sus bases. Por otra parte, hasta mediados de los años sesenta, el peso de los sindicatos y el fantasma peronista aparecían como la fuente de amenaza por excelencia para los sectores sociales privilegiados. En este escenario, los reclamos sindicales, aunque intransigentes, habían reconocido las reglas de juego del sistema capitalista. A partir de 1969, en contraste, ni las poderosas estructuras sindicales fueron el principal vehículo de las demandas sociales ni los reclamos se circunscribieron a exigencias redistributivas. Nuevos actores pusieron en tela de juicio los lazos de dominación dentro y fuera de sus organizaciones.

La Iglesia Católica, los sindicatos, los claustros universitarios, los partidos políticos tradicionales vieron emerger sectores contestatarios y sufrieron fracturas. Más allá de su carácter heterogéneo e inorgánico, gran parte de las nuevas fuerzas se identificaban con el “socialismo nacional” y consideraban cierta cuota de “violencia popular” como instrumento legítimo en la lucha por el poder. En este contexto, surgieron organizaciones político militares dedicadas al ejercicio de la guerrilla urbana y rural. Al compás de la generalizada oposición al régimen militar, el peronismo ampliaba su base social y ungió sus discursos de un tono más violento y desafiante.

Tras el fracaso del Gran Acuerdo Nacional (GAN),⁹ Lanusse proclamó la convocatoria a elecciones presidenciales sin partidos proscriptos. Algunos autores ubican, entre el año del cordobazo y el de este anuncio, el cuestionamiento más agudo al orden establecido. Cavarozzi (1988) afirma que la intensa crisis del régimen militar alimentó, hasta 1972, la impugna-

⁹ Nos referimos al intento de un sector de las Fuerzas Armadas de solucionar la crisis política a través de un acuerdo entre militares y políticos con el fin de “unir a los adversarios y combatir a los enemigos”. Esta convocatoria se basaba en el supuesto de que el peronismo era la clave de la legitimidad del poder político en la sociedad argentina y que sólo era posible contener las fuerzas radicalizadas negociando con él. Los militares impusieron dos condiciones: la autoproscrición de Perón y su condena manifiesta de la guerrilla. El intento del presidente Lanusse no logró sobreponerse a la debilidad de los militares frente al caudillo, que evitó asumir cualquier tipo de compromiso con los líderes castrenses. El general exilado no se pronunció contra las “formaciones especiales” y finalmente se celebraron elecciones nacionales sin proscrición del Partido Justicialista. Perón, no obstante, quedó inhabilitado para presentarse como candidato a presidente. Para un desarrollo pormenorizado del GAN, De Riz (1986) y De Amézola (1999).

ción a los fundamentos de la dominación social. La gran virtud de la salida política propuesta por Lanusse habría radicado en su capacidad de transferir el eje del conflicto de la crisis social y económica a la formulación de las características del régimen que lo reemplazaría. De este modo, los militares habrían atenuado la imprevisibilidad, y consecuentemente la potencialidad disruptiva, de las tensiones nacidas con las insurrecciones del interior. Los últimos años de la Revolución Argentina no habrían podido exorcizar la turbulencia política (que, por el contrario, se profundizó), pero sí enmarcarla en los canales de representación política tradicionales, legando al peronismo el gobierno de la crisis. Esta parece ser también la postura de Tortti (1997) cuando afirma que si bien la “nueva izquierda” nunca logró constituirse en una opción política articulada, fue capaz de despertar los temores de las “clases dominantes” y las Fuerzas Armadas propiciando la gestación de la estrategia del GAN y la legitimación del peronismo, orientados ambos a aislar políticamente a las fuerzas radicalizadas y hacer gobernable la sociedad a través de la reconstrucción del Estado. La creciente conflictividad social y política que atravesó la sociedad argentina en la primera mitad de los años setenta no se habría desplegado linealmente, siguiendo una tendencia secular y unívoca, hasta desembocar en el golpe. Las divergencias suscitadas en torno de la convocatoria electoral y, sobre todo, frente al peronismo atravesaron a los sectores más contestatarios. El llamado a elecciones abiertas habría conspirado contra la consolidación de una alternativa política basada en estas fuerzas radicalizadas, acentuando su heterogeneidad.¹⁰

Aun profundamente redefinidas, la militarización de la política y la agudización de los conflictos laborales no cesaron bajo el gobierno del justicialismo. Al retornar al poder, el movimiento profundizó sus fracturas, internalizando y dirimiendo en su seno los conflictos que atravesaban a la sociedad. Pero en este caso, la disputa adquirió rasgos particulares. Como apuntan Sigal y Verón (1988), el justicialismo se caracterizó durante años por el hecho de que ningún dirigente podía hablar en primera persona,

¹⁰ Una muestra del impacto de la apertura electoral en las prácticas políticas que siguieron al Cordobazo puede registrarse en la disminución de las insurrecciones urbanas, el debilitamiento de las corrientes sindicales clasistas, la crisis que terminó por disolver al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y en la postura divergente que asumieron frente al gobierno justicialista las distintas organizaciones políticas armadas peronistas y no peronistas.

siempre debía hacerlo en nombre del líder. La lucha por el poder remitió, entonces, centralmente, a la demarcación entre “leales” y “traidores”. En esta lucha, apunta Halperín Donghi (1994), la vida política se escindió en un hemisferio diurno donde los rituales democráticos eran ejecutados y celebrados por oficialismo y oposición y un hemisferio nocturno en el cual las disputas entre peronistas se zanjaban en el silencio de la violencia. En este caso, fue el Estado el principal escenario de la contienda. Como señala Sidicaro (1998), sus recursos económicos, burocráticos y armados fueron tanto instrumento como botín de la lucha.

Tras la muerte de Perón (en julio de 1974) y la definitiva expulsión de los sectores radicalizados del gobierno, las disputas entre los sindicatos peronistas y el entorno presidencial fueron ganando importancia.¹¹ Este antagonismo dio cuenta de las profundas dificultades para conciliar las demandas de los trabajadores y el gobierno de la economía y la política. Las tensiones en el mundo de la producción y sus repercusiones en el poder político fueron, a su vez, acompañadas por el enfrentamiento entre las organizaciones armadas y los grupos paramilitares que actuaban en la clandestinidad.

O'Donnell (1982) registra una amenaza parcial y transitoria en la Argentina de 1973 pero afirma que la percepción y veracidad del peligro fue mucho más profunda e inminente en el período previo al golpe militar de 1976. Entonces, el sacudimiento de los fundamentos de la sociedad habría respondido sobre todo a la emergencia y consolidación militar de organizaciones armadas que disputaron al Estado el ejercicio de la violencia e intentaron, al mismo tiempo, engarzarse con los conflictos laborales y la crisis estatal.

Lejos está del interés de estas páginas identificar con precisión el punto culminante de la amenaza a los lazos de dominación. Esto implicaría calcular la magnitud de los recursos de las fuerzas involucradas y evaluar la viabilidad de sus objetivos. Más modestamente, nos interesa desentrañar cómo estos interrogantes fueron contestados por otros protagonistas de la época; introduzcámonos, primero, en algunos rasgos del pensamiento que será analizado.

¹¹ Puede hallarse un desarrollo exhaustivo de estos enfrentamientos en: James (1990), Kandel y Monteverde (1976), Itzcovitz (1985) y Torre (1989).

Publicaciones periodísticas y pensamiento de derecha

Tal como apunta Bobbio (1998), los hombres son entre ellos tan desiguales como iguales, la distinción central entre izquierda y derecha radica en que mientras la primera identifica esas diferencias con las relaciones sociales, intentando eliminarlas, la segunda parte de la convicción de que responden al orden natural y son, como tales, constitutivas de toda sociedad humana. Esta diada está atravesada, a su vez, por la que separa a moderados de extremistas. Ciertamente, tanto los revolucionarios de izquierda como los contrarrevolucionarios de derecha comparten el desprecio por la democracia, considerándola el dominio de los mediocres. Unos y otros se identifican con métodos radicales para la consecución de sus ideas. La confluencia o el enfrentamiento entre moderados y extremistas del mismo signo ha de analizarse en cada caso en particular.

Los escasos estudios sobre ideas políticas en la Argentina y Latinoamérica han apelado con frecuencia a esta distinción.¹² En ellos se identifica a los sectores liberal conservadores con las tendencias moderadas y a los nacionalistas con las posiciones más extremas e intolerantes.¹³ McGee Deutsch y Dolkart (1993) concluyen que la separación entre estas dos fracciones emerge hacia los años treinta y se acentúa y permanece hasta nuestros días. Por su parte, Lewis (1993) afirma que mientras los liberales favorecen una visión restringida de la democracia, se identifican con el cosmopolitismo y promueven la conexión de la economía argentina con el mundo occidental, partiendo de una inveterada admiración por los países europeos y la sociedad norteamericana, los nacionalistas se caracterizan por un perfil más autoritario, corporativo y militarista que defiende la herencia hispánica y propicia la alianza entre Iglesia y Ejército. Los primeros calificarían a los segundos como ideológicamente “medievales” y los acusarían, en el plano económico, de perpetuar el carácter subdesarrollado y cerrado de la economía y, en el político, de conformar instituciones y grupos autoritarios, de retórica y práctica violenta. Por su parte, los nacionalistas imputarían a los liberales su vinculación con los intereses extranjeros y su responsabilidad por un sistema económico que divide a la Nación en antagonismos de clase.

¹² Entre ellos: Rock (1993), Romero (1998) y Villagrán Kramer (1968).

¹³ Una visión más matizada sobre el nacionalismo argentino puede consultarse en Buchrucker (1999).

En suma, es al pensamiento moderado de derecha o bien al denominado por la literatura local como liberal conservador al que consagraremos nuestra atención. Evidentemente, el liberalismo es una de las corrientes ideológicas más variadas y ricas de la modernidad. En este caso nos centraremos en una y sólo una de sus vertientes. Nos interesa aquella matriz que, en defensa de la libertad y la propiedad privada, postuló a la Constitución de 1853 como ley suprema, sostuvo que sus modificaciones podían ser sólo graduales y progresivas y recusó cualquier opción política que alejara al país del mundo “occidental y cristiano”. Esta concepción enfatiza la unidad nacional, subsumiéndola a algún principio superior tal como la patria, la tradición o el bien común. Si bien se permite incorporar una mirada crítica, intenta reforzar los mecanismos de autoridad y orden que rigen una sociedad. Como muestra Mattelart (1976), de ninguna manera este tipo de pensamiento es identificable con el oscurantismo, por el contrario, su efectividad reside en la capacidad de organizar los hechos amenazantes que no oculta, recuperándolos y neutralizando su peligrosidad a nivel de la interpretación.

El diario *La Nación* fue fundado por Bartolomé Mitre en 1870 con el firme propósito de convertirse en una “Tribuna de Doctrina” del pensamiento político argentino. A partir de 1909 se distanció de las luchas partidarias y comenzó a desplegar una mirada sobre la actualidad del país que lo convertiría, a la vez, en expresión y consejero de los sectores que ocupaban los peldaños más altos del poder político y económico. Se ha presentado, sin visualizar contradicciones, como observador objetivo de la realidad y como institución cultural “de arraigo en las clases dirigentes de la República y en las clases productoras”.¹⁴ La misma intención asumieron las páginas de *La Prensa*, periódico creado por José C. Paz en 1869. Confiscado por el peronismo en 1951, ocupará luego de su derrocamiento el lugar de vocero del antiperonismo más intransigente. Finalmente, la revista *Criterio* fue fundada en 1928 por un grupo de jóvenes católicos (liderados por Dell’Oro Maini) que contaban con el apoyo de las instituciones eclesásticas. Bajo la dirección de Monseñor Franceschi (1932-1957) la revista desplegó una insistente crítica al liberalismo de las clases dirigentes. Si bien el integrismo de *Criterio* nunca se identificó plenamente con los nacionalistas

¹⁴ Folleto institucional, *La Nación*, 4/1/39, pág. 17, en Sidicaro (1993).

de derecha, coincidió con estos en que “la reconstrucción de la unidad nacional” era el único medio para combatir la amenaza del comunismo. La experiencia peronista redefinió por completo su posición suturando las divergencias con sus anteriores adversarios ideológicos. Después de 1955, se esforzará por combinar los principios de la justicia social enunciados por la Iglesia Católica con los postulados del liberalismo político.¹⁵

Nos centraremos en las editoriales políticas de estos medios, cuyo estilo discursivo comparte los atributos identificados por De Ipola y De Riz (1982) como “plusperiodismo”. Este se caracteriza por la retórica “científica”, la referencia frecuente a los nombres clásicos del pensamiento occidental y la abundancia de citas académicas. Más allá de las diferencias que observaremos, cada publicación tenía una impronta discursiva particular. A la hora de analizar la problemática local, *La Nación* prefería una perspectiva legal e institucionalista, *La Prensa* las temáticas y los argumentos económicos y *Criterio* una mirada en clave más sociológica centrada en los aspectos culturales.

La incertidumbre y las divergencias o la disolución de la antinomia

Tras el estallido de la ciudad cordobesa, el estupor. Perplejidad e incertidumbre recorrieron las páginas del liberalismo y sus esfuerzos por explicar los sucesos los guiaron por senderos divergentes.

Para *La Nación* la violencia del cordobazo remitía a una “maquinaria subversiva” sin precedentes en el país, cuyos millonarios medios sólo podían provenir de una afiliación internacional. El matutino se resistía a emular los acontecimientos con otros similares del pasado, dejando sentado, una y otra vez, su carácter excepcional. Al analizar el significado de los sucesos, sus conclusiones fueron terminantes: “entre las muchas cosas que se destruyeron el jueves, hubo una que no puede dejar de señalarse: el sentimiento de seguridad”.¹⁶ El diario identificaba dos protagonistas bien diferenciados: los “perturbadores”, “los gérmenes del odio y la intoleran-

¹⁵ Para un desarrollo pormenorizado de las ideas políticas de *La Nación* consultar Sidicaro (1993). Para un análisis del contexto social y político de la creación de *Criterio* y sus posiciones iniciales: Dell’Oro Maini (1995), Ivenreigh (1991), Malimacci (1994) y Monserrat (1999).

¹⁶ *La Nación* 2/9/69, pág. 1.

cia”, “los francotiradores emboscados”, aquellos que había desatado la “correntada de muerte y sacrificio” “cuya única finalidad es la de abrir las puertas del país a una eventual dominación del totalitarismo” y, en otro plano, los participantes inocentes. En relación con estos últimos, el diario afirmó que de ningún modo los estudiantes politizados y los sectores populares identificados con las “corrientes cívicas de más hondas raíces en el país” podían ser actores voluntarios de la “depredación gratuita”. Estos grupos sólo habían contribuido con la “vehemencia inicial” pero habían sido arrastrados por un furor que los desbordaba.¹⁷ A ellos dirigió *La Nación* sus advertencias. Los previno de que podían convertirse “tanto en pretexto como en carne de cañón”¹⁸ y, permitiéndose citar a Lenin, los instruyó diciendo que “para hacer la revolución se necesita un revolucionario por cada tres idiotas útiles”.¹⁹

También *La Prensa* enfatizó la crueldad de los participantes de la revuelta, aunque sin establecer diferencias entre ellos. Se demoró en la descripción de los destrozos y en las imágenes de la ciudad “saqueada, incendiada, desolada”. También vio en los sucesos “el trasfondo de la guerrilla [...] un eslabón de una cadena que no ha sido cortada”. Pero, su interpretación de los hechos fue en clave antiperonista. Si en 1955 se había iniciado en Córdoba la Revolución Libertadora,²⁰ para “el primer intento serio de organizar la contrarrevolución implícita, se eligió el mismo escenario”. En este sentido:

“tras esta guerrilla metódicamente preparada han actuado al unísono el peronismo y el comunismo, como las dos caras de una moneda. El peronismo, se ha dicho, no es otra cosa que la versión vernácula del comunismo internacional. Quienes se obstinan en desvincularlos tendrían que probar primero la no participación de los gremios en la preparación del movimiento.”²¹

Un conjunto de imágenes contradictorias se asociaban en el pensamiento del matutino de Paz: la identidad entre peronismo y guerrilla y su aspi-

¹⁷ Los calificativos corresponden a las editoriales de *La Nación* del 30/5, 1/6, 2/6 y 30/6 de 1969, págs. 8.

¹⁸ *La Nación*, 1/6/69, pág. 8.

¹⁹ *La Nación*, 2/6/69, pág. 1.

²⁰ El golpe militar que destituyó a Perón en 1955.

²¹ *La Prensa*, 3/6/69, pág. 3.

ración de “reimplantar en el país la tiranía abatida en 1955”,²² el carácter eminentemente internacional del conflicto y cierta concepción lebonniana de la revuelta (“masas enardecidas” “de contagio irracional”, “turbas febriles”, “orgía vandálica”).²³

A diferencia de *La Prensa* y *La Nación* que enfatizaron el papel de los cuadros subversivos, *Criterio* les confirió un rol muy marginal en sus argumentos. Calificó los hechos de Córdoba como una “rebelión”, un “enfrentamiento entre hermanos”, “un movimiento de crítica y protesta compartido por amplios sectores ciudadanos”, “una expresión del descontento popular”,²⁴ imágenes que contrastan con el temor generado por el estallido en las otras dos publicaciones. La revista religiosa propuso un recorrido histórico para evaluar los acontecimientos. Todas las insurrecciones del interior habían comenzado con conflictos universitarios. Las demandas de los estudiantes eran calificadas como legítimas frente a un gobierno que había hecho “uso manifiestamente arbitrario de la fuerza”. Con respecto a los obreros, la publicación enfatizaba el carácter justo de sus reclamos frente a “una suerte de mentalidad de Barrio Norte que considera indeseable todo aquello que no traduzca los valores sociales de un determinado sector”.²⁵

En síntesis, no había acuerdo sobre los protagonistas de la revuelta y, consiguientemente, tampoco lo había sobre los juicios valorativos que debían consagrárseles. Si bien *La Nación* y *La Prensa* acordaban en que la presencia de la guerrilla organizada a escala internacional era relevante, para la primera publicación se trataba de un hecho inédito, mientras para la segunda era una reedición de la violencia desatada por los peronistas y su verdadera intención, el retorno del jefe exilado al poder. Para la revista católica, en cambio, los reclamos expresados en Córdoba remitían claramente al pasado local inmediato y debían ser calificados como genuinos. Ni la posición a tomar frente a los protagonistas de los disturbios, ni la identificación de los mismos ni sus vínculos con otros sectores sociales y políticos concitaban acuerdo. En contraste, los culpables dentro del bloque dominante no admitían dudas y hacia ellos apuntaron las plumas liberales. Todas coincidieron en acusar al gobierno y, dentro de éste, a los nacionalistas.

²² *La Prensa*, 10/6/69, pág. 10.

²³ Estas imágenes aparecen en las editoriales de *La Prensa* del 3/6/69, pág. 3 ; 7/6/69, pág. 8 ; 10/6/69, pág. 10 y 13/6/69, pág. 8, entre otras.

²⁴ *Criterio*, 12/6/69 pág. 359 y 377 y 10/7/69, pág. 439 y 451.

²⁵ *Criterio*, 10/7/69, pág. 440.

Para *La Nación* los responsables locales de los destrozos no eran estudiantes ni obreros sino las veleidades presidenciales para con el sindicalismo y la obstrucción de los canales de participación política.²⁶ Era menester, por un lado, contener los reclamos legítimos estableciendo rectificaciones a las iniciativas gubernamentales y abandonando todo intento de imponer una organización extraña a las tradiciones del país y, por el otro, propiciar una intervención activa de las Fuerzas Armadas en la lucha antisubversiva frente al desborde de las fuerzas policiales. El diagnóstico de *La Prensa* era puntualmente el mismo. El gobierno había condenado a los políticos de ayer para improvisar políticos sin representatividad ensayando “reformas inspiradas en los peores engendros de la ideología reaccionaria nacida y aplastada entre las dos guerras mundiales”.²⁷ Se le sugería, entonces, olvidar sus “sueños mesiánicos” y prestar oídos sordos a la demagogia. En este sentido, si la estabilidad económica era negociada, se daría por triunfante a la rebelión. Sus sugerencias iban aún más allá en materia gremial: era necesario revocar las leyes que protegían a los gremios y recortar fondos que estaban siendo, presuntamente, canalizados en actividades subversivas. El gobierno y su mentalidad autoritaria también eran criticados por *Criterio*. Constatava que en los últimos tiempos:

“La libertad de reunión y de expresión pública de las ideas en forma individual o colectiva está siendo negada día a día a bastonazos, gases lacrimógenos y, últimamente, a tiros, a pesar de que allí donde se le ha dejado el pueblo ha manifestado pacíficamente sus sentimientos. [...] El acceso a la radio y a la televisión está vedado a los que no piensan como el gobierno, siendo claramente perceptible el intento de proporcionar información oficial ‘dirigida’ y un adoctrinamiento que inevitablemente recuerda a lo que sucedía en la época peronista.”²⁸

Tras este primer estallido, el desconcierto y la discrepancia en la identificación de los protagonistas de la radicalización signó el pensamiento liberal. Mientras *La Nación* exploraba la articulación entre obreros, estudiantes y “subversivos”, *La Prensa* perseveraba en su prédica antiperonista, preocupada sobre todo por los desbordes gremiales en el interior del país, y

²⁶ *La Nación*, 30/5/69, pág. 8 y 6/6/69, pág. 8.

²⁷ *La Prensa*, 7/6/69, pág. 8.

²⁸ *Criterio*, 12/6/69, pág. 363.

Criterio insistía en la legitimidad de los reclamos y en la decadencia moral que corroía la República. En efecto, si el cordobazo había contribuido a poner al descubierto las divergencias en el interior del gobierno y las Fuerzas Armadas, la prensa liberal concluyó que las tensiones no se circunscribían a un problema de seguridad, imputando a Onganía y sus acólitos parte de la responsabilidad por los desmanes. El reconocimiento aún velado de cierta legitimidad en las prácticas violentas en un escenario político restringido (compartido incluso por los liberales) constituyó sin duda un elemento inédito introducido por las revueltas de Córdoba.

Si en mayo de 1969, *La Nación* se había cuidado de diferenciar a los “agentes de la subversión” de la participación involuntaria de obreros y estudiantes inocentes, a mediados de 1970 concluía que algunas de sus prácticas servían de “respaldo operativo” a la guerrilla:

“Mientras sedicentes sindicalistas actúan de manera de que su influencia sirva para afectar grandes fuentes de trabajo y destruir cualquier atisbo de paz social, grupos estudiantiles de filiación bien notoria ensayan la subversión cotidiana, de la cual extraen una cobertura de ribetes doctrinarios las bandas cuya misión específica consiste en asaltar entidades de crédito, atacar comisarías apartadas y puestos militares en situación vulnerable, robar armas y apropiarse de explosivos.”²⁹

En 1971, el diario de Mitre constataba con preocupación el avance de las organizaciones armadas, de los conflictos laborales y estudiantiles. Dicho esto, argumentaba que la lucha “antisubversiva” había dado “frutos muy menguados” y que la magnitud de las operaciones armadas daba cuenta de la impunidad de los grupos guerrilleros. Persistiendo en su propósito de trazar líneas de demarcación dentro de obreros y estudiantes, el matutino dedicaba sus editoriales a impartir halagos y condenas. El repudio público expresado por los dirigentes gremiales rosarinos frente al secuestro de Stanley Sylvester le servían de ejemplo para confiar en las “más altas reservas que anidan en nuestra República”.³⁰ En las antípodas, los reclamos y movilizaciones de los obreros cordobeses eran calificados como “gimnasia de insurrección”.³¹ El mismo rechazo le merecían las nuevas prácticas de

²⁹ *La Nación*, 31/5/70, pág. 8.

³⁰ *La Nación*, 27/5/71, pág.8.

³¹ *La Nación*, 19/5/71, pág.8.

protesta, “novísimas creaciones semánticas” que pretendían subsumir bajo la laxa definición de “huelga”, “situaciones revolucionarias”.³² La misma lógica empleaba con los estudiantes. Quienes concurrían a las aulas a educarse merecían ser protegidos de quienes se dedicaban “sistemáticamente” a la tarea de insultar docentes y autoridades, a repartir panfletos partidarios y formular llamados abiertos a la rebelión.³³

El matutino de Paz apenas reflejó la emergencia y consolidación de organizaciones políticas armadas, atento con exclusividad a los conflictos laborales y sus efectos sobre la producción. Sus únicas referencias a la guerrilla intentaban inscribirla en un contexto internacional donde el “totalitarismo imperialista del bloque soviético” amenazaba con extenderse por todo el planeta. En este marco, sus argumentos se centraban más en la descalificación del movimiento intelectual europeo y latinoamericano que apoyaba el uso de la violencia que en los sucesos locales.³⁴

Pero, sobre todo, sus editoriales estaban destinadas a relatar con minuciosidad las nuevas formas de lucha y a cuestionar con insistencia la organización sindical legada por el peronismo. Reiterando los reclamos de los empresarios del interior, el periódico calificaba las prácticas de los trabajadores cordobeses como “ejercicios de insurrección” y la toma de fábricas era definida como una combinación de los delitos de “usurpación, privación ilegítima de la libertad y tenencia de explosivos”.³⁵ Frente a estos comportamientos las autoridades mostraban, para *La Prensa*, una endémica pasividad. También daban indicios de su incapacidad de imponer el orden al enfrentar a los grandes sindicatos peronistas. Sólo la supresión de toda forma de organización obligatoria, de las cuotas compulsivas, del sindicato único, y de la estructura monolítica de la central obrera podían garantizar una sociedad verdaderamente democrática.³⁶ La supervivencia de estas estructuras no era sino el signo de que, de cara a la proscripción de las agrupaciones cívicas, la única representación política que subsistía era “la de los comités y gremios dirigidos desde Madrid”.³⁷

³² *La Nación*, 9/5/71, pág.8.

³³ *La Nación*, 13/3/71, pág.8.

³⁴ Entre otros : *La Prensa*, 17/7/70, pág. 8 (sobre dos guerrilleros brasileños arrepentidos); 19/7/70, pág. 8 (sobre las “falsas” promesas del Castrismo); 4/5/71, pág. 9 (sobre las repercusiones del caso Padilla).

³⁵ *La Prensa*, 6/6/70, pág. 10; 16/6/70, pág. 8; 19/6/70, pág. 10

³⁶ *La Prensa*, 22/4/71, pág. 8.

³⁷ *La Prensa*, 10/6/70, pág. 8.

En las antípodas del pensamiento de *La Prensa*, *Criterio* no se preocupaba por la burocratización del sindicalismo argentino ni por sus rasgos “autoritarios” y “desafiantes”. La revista católica consideraba que la mayoría de los dirigentes gremiales mostraba una actitud conciliadora, deseosa de participar mediando “entre el Poder y los trabajadores”.³⁸

Lo que más intranquilizaba a la publicación religiosa era la emergencia de un tipo de violencia distinta de la desatada durante el cordobazo. La apelación a la fuerza no era ya producto del desborde callejero sino un “medio utilizado fríamente” para intimidar a la población. Los protagonistas de estos actos eran intelectuales, provenientes de las clases medias y altas e inspirados por las más variadas corrientes ideológicas. En clave de advertencia, *Criterio* recordaba que sus intenciones eran radicalizar al movimiento obrero reservándose siempre para sí el papel de “estados mayores”, y para los trabajadores el de “soldados rasos”.³⁹ Las reflexiones de la publicación adquirieron, a principios de 1971, un carácter abiertamente apocalíptico. Con un gobierno debilitado, “la Argentina parece dirigirse hacia el abismo de la desintegración”. Si no se propiciaba el restablecimiento de la política, la guerra civil era inminente:

“cuando la mayoría de los ciudadanos desespera de los recursos del Estado, cuando dos minorías opuestas y en lucha por la dominación buscan la anexión de simpatías en una masa amorfa y anestesiada por las crisis recurrentes, el peligro de una dimisión o de una rebelión colectiva crece y se convierte en una apuesta no ya sobre tal o cual gobierno, sobre tal o cual militar afortunado que llega al poder por el humor de sus camaradas sino otro mérito que el grado y la posición que ostenta, de tal o cual oligarquía económica, militar o ideológica, sino en una apuesta sobre la supervivencia o el suicidio de una sociedad política.”⁴⁰

En su vocación persuasiva, tanto *La Nación* como *Criterio* intentaban desarticular los argumentos de sus adversarios y convencer a sus lectores de que la defensa de las instituciones del país no debía confundirse con la protección de intereses de clase :

³⁸ *Criterio*, 11/6/70, pág. 363-366.

³⁹ *Criterio*, 13/8/70, pág. 523.

⁴⁰ *Criterio*, 24/3/71, pág. 141.

“cuando se insiste en la necesidad de concluir con fenómenos de esta naturaleza, no se ataca a los sectores sociales desposeídos ni se defiende a los grupos privilegiados: simplemente se intenta proteger la subsistencia de elementos que caracterizan a las sociedades civilizadas y las distinguen de las tribus primitivas. [...] debe quedar claro que no se trata de excitar sentimientos de disociación social o de exacerbar enfrentamientos y mucho menos de ignorar las reclamaciones y angustias de los sectores desposeídos. El problema reside en saber si continuaremos marchando por el camino cuyo término será invariablemente el caos o el despotismo, o si seremos capaces de mantener nuestra tradicional estructura de sociedad organizada.”⁴¹

Así, los intelectuales del liberalismo conservador llegaron progresivamente a la conclusión de que sólo la legitimidad de la Constitución podía refrenar la crisis. Afirmaron, además, que la legitimidad debía provenir del restablecimiento de las instituciones democráticas, únicas capaces de reconstruir el poder del Estado e investirlo de la autoridad necesaria para sofocar a la “decadencia moral”. El dilema que tradujeron en sus comentarios evocó la fórmula acuñada por Sarmiento. Se trataba, una vez más, de optar entre civilización o barbarie. La primera diáfana e identificada con la ley y la segunda con una violencia que terminaría por destruirlo todo a su paso.

Más allá de este punto de partida común, la postura frente al Gran Acuerdo Nacional perpetuó las desavenencias. *La Nación* apoyó al presidente y aceptó la reincorporación del peronismo a la vida política nacional, no sin recordar los “agravios sufridos por las víctimas del tirano depuesto”.⁴² *La Prensa* rememoró al Ejército su compromiso de impedir cualquier retorno al régimen peronista y bregó por el rechazo de toda negociación con el “dictador”.⁴³ Ni temerosa, ni escandalizada, *Criterio* recibió con sumo beneplácito la propuesta gubernamental y reiteró la necesidad de garantizar un juego político “limpio y abierto” sin ningún tipo de proscripción.⁴⁴

La visita de Perón a la Argentina en 1972 y sus consecuencias políticas también fueron evaluadas en clave distinta. Mientras el diario de Mitre

⁴¹ *La Nación*, 21/6/70, pág. 8.

⁴² *La Nación*, 2/5/71, pág. 8.

⁴³ *La Prensa*, 16/6/71, pág. 8.

⁴⁴ *Criterio*, 13/5/71 y 24/6/71.

mantuvo su desconfianza expectante, registrando con satisfacción la voluntad conciliadora del líder justicialista y el documento acordado con el resto de las agrupaciones cívicas,⁴⁵ *La Prensa* hizo gala de toda la mitología antiperonista y señaló indignada la traición del partido radical:

“La aceptación de buenas palabras de quien ordenó los incendios de la Casa Radical, de la Casa del Pueblo, del Jockey Club y de las principales Iglesias, cual si hoy la iluminación sobrenatural lo hubiera transformado, no es conciliable con el espíritu de un partido histórico, que sufrió la dictadura en todo su rigor y la combatió con todo su empuje democrático.”⁴⁶

Criterio finalmente se apresuraba a decretar que había sido superada la antinomia entre peronistas y antiperonistas y que finalmente parecía inaugurarse una convivencia política pacífica.⁴⁷

Frente a un escenario político enrarecido, estos intelectuales colectivos no atinaron a desplegar un diagnóstico coincidente. Con el cordobazo, el antiguo consenso antiperonista, dio paso a versiones distintas sobre los sucesos, en las cuales más allá de las culpas endilgadas al gobierno de Onganía y los apoyos más o menos decididos a la propuesta de Lanusse, los enemigos comunes distaban de ser claramente identificados. La actitud con que recibieron al viejo caudillo también los diferenció. Inquietud, escándalo y satisfacción atravesaron las plumas de los comentaristas. La brecha entre unos y otros, comenzará a cerrarse con el retorno del peronismo al poder.

La fractura del peronismo y las primeras coincidencias

Finalmente llegó mayo y la asunción de las nuevas autoridades. En su comentario editorial, *La Nación* instó al país a celebrar con la “firmeza del espíritu republicano” la asunción de Cámpora. Consciente de las “dudas paralizantes” y de la carga de “presagios persistentes” en gran parte de sus lectores, el matutino llamó a los antiperonistas a no ser “presos del pasado”.

⁴⁵ *La Nación*, 17/12/72, pág. 8.

⁴⁶ *La Prensa*, 28/11/72, pág. 8.

⁴⁷ *Criterio*, 23/11/72, pág. 643.

Si bien la exaltación partidaria y el sentimentalismo del nuevo partido gobernante le despertaban fastidio, la publicación argumentaba que existían señales alentadoras. El comprometido respeto a las fuerzas políticas y a la prensa independiente y la voluntad de aceptar lo convenido en las negociaciones multipartidarias, restaban al presidente su aparente carácter revulsivo.⁴⁸ Inicialmente, ni la amnistía de los presos políticos ni la toma de diversas reparticiones estatales merecieron su atención.

La Prensa reprodujo un comentario lastimoso con la llegada de los peronistas al poder. Con anterioridad a la asunción, los editoriales y columnistas se encargaron de identificar cualquier ensayo keynesiano con el advenimiento del más “despótico” régimen soviético. Los colaboradores del diario de Paz transmitían la imagen de que con Cámpora, el país iniciaba un inexorable camino hacia el “colectivismo comunista”. El 25 de mayo, la reflexión fue en clave histórica y exclusivamente consagrada a denostar la dictadura de Rosas (y elípticamente la de Perón) y a reafirmar el espíritu libre y republicano que el periódico se comprometía a conservar en alto.⁴⁹ Desde entonces y sin respiro, el diario utilizó su columna editorial como trinchera, descargando con furor variadas críticas contra el gobierno. Cualquier suceso de la vida cotidiana era excusa para desplegar su espanto frente a la anarquía y el caos.

Criterio se había adelantado a sus pares saludando el regreso del peronismo a la arena política nacional, pero también se había anticipado en sus sugerencias al elenco gobernante. Tempranamente sus reflexiones remitieron a la necesidad de desactivar las “formaciones especiales” (organizaciones político militares) y de conformar mecanismos de mediación dentro del partido peronista que permitieran el procesamiento de las diferencias, sobre todo a la luz de la vejez del caudillo.⁵⁰ La revista religiosa celebró las elecciones como “una magnífica expresión de voluntad popular” y alentó a los reticentes a aceptar el resultado de la convocatoria eleccionaria.

Con el correr de los días, un nuevo antagonista fue captando la atención de los colaboradores de las publicaciones y, en este caso, el acuerdo contrasta con las desaveniencias precedentes. *La Nación*, *La Prensa* y *Criterio* iden-

⁴⁸ *La Nación*, 25/5/73, pág.8.

⁴⁹ *La Prensa*, 25/5/73, pág. 8.

⁵⁰ Estas preocupaciones ya aparecían en noviembre y diciembre de 1972.

La identificación del enemigo...

tificaron un grupo persistente de jóvenes “jacobinos” enquistados en las universidades y el campo cultural y, con el mismo arsenal empleado inveteradamente para combatir a los nacionalistas de derecha, apuntaron ahora sus argumentos contra los sectores radicalizados del partido de Perón.

La Nación veía en ellos a :

“bandas pequeñas bien adiestradas y hasta armadas (que) ‘exigen’ mediante la intimidación verbal o física el cese de tareas de algunos docentes, o les imponen mediante la coacción más grosera la presentación de sus denuncias [...] elementos cuya acción, hasta el momento, sólo ha provocado el caos y aparenta terminar con la destrucción institucional y académica.”⁵¹

La Prensa se refería a :

“grupos de revoltosos en desórdenes callejeros, empleados o trabajadores que ocupan establecimientos oficiales o privados, estudiantes que se apoderan de institutos que paga la Nación o quienes los mantienen de su peculio particular.”⁵²

También *Criterio* alertaba que el gobierno había recompensado:

“las ansias revolucionarias de una juventud frustrada dándole una institución para retozar a sus anchas sin molestar a los que se ocupan de los problemas verdaderamente importantes del país. Ahora hay que permitirles emular la ‘revolución cultural’ de los guardias rojos de Mao, embriagarse de discursos, cánticos y bombos; hay que permitirle destruir porque, una vez nivelado el terreno, se sabe que no será ella la llamada a construir. Y, por supuesto, todo esto en nombre del pueblo, un pueblo que difícilmente se reconocería en estos ‘gorilas’ de nuevo cuño. Puede haber razones muy atendibles de “alta política” para hacer lo que se hizo, pero el precio que se va a pagar parece desproporcionadamente alto si se introduce un mínimo de razonabilidad y equidad en los procedimientos. Porque nada perdurable se construye sobre la base del resentimiento, la revancha y el arribismo.”⁵³

⁵¹ *La Nación*, 10/6/73, pág. 8.

⁵² *La Prensa*, 16/6/73, pág. 6.

⁵³ *Criterio*, 14/6/73, pág. 277.

Los liberales conservadores coincidían en la caracterización de estos grupos: se los acusaba de imponer méritos políticos a excelencia académica o artística, de ubicarse con prepotencia en sectores claves de la cultura, de intercambiar amenazas con otros sectores sin esgrimir más argumentos que el uso de la fuerza y, sobre todo, de intentar inútilmente arrastrar a las masas obreras con sus “ínfulas de vanguardia”. Si bien la relación entre estudiantes y guerrilla no era afirmada explícitamente por los editoriales, los calificativos empleados para definir a unos y otros eran semejantes y los vínculos, insinuados con frecuencia.

Las mismas reflexiones que en el pasado habían tenido como destinatarios a Onganía y su entorno se emplearon, desde entonces, para denostar a la juventud peronista. Tanto *La Prensa* como *La Nación* y *Criterio* publicaron largas proclamas destinadas a criticar su espíritu fascistizante y los discursos referidos a la “cultura nacional”, la “liberación” y la “unidad americana”. La identificación entre jóvenes “revoltosos” y derecha nacionalista era prácticamente total; las publicaciones no mencionaban contactos con los ideales de la izquierda y, por lo tanto, tampoco se ocupaban de combatirlos.

Con un antagonista común claramente delimitado, la principal diferencia entre los medios radicó en el vínculo que establecieron entre estos sectores y el resto del gobierno. El otrora severo antiperonista diario *La Nación* contraponía la imagen de Perón, el político “dueño del más vasto poder en la Argentina de hoy”, a los “resabios de fanáticos”. Para el matutino, la tolerancia y respeto recíproco con que trabajaban los bloques partidarios se contraponía a los deplorables hechos de fuerza sucedidos en las diversas áreas vinculadas con la cultura nacional.⁵⁴ Incluso se permitía advertir al gobierno:

“Para conocer a los amigos y enemigos basta con observar la conducta de unos y otros. Lo que se ha exteriorizado en esta oportunidad (los enfrentamientos de Ezeiza) con respecto a los gobernantes no deja margen alguno para la incertidumbre.”⁵⁵

El pensamiento de *La Prensa* admitía menos matices. Si bien utilizaba los discursos de los funcionarios públicos para contrastarlos con el desorden

⁵⁴ Todas las citas corresponden a la editorial de *La Nación*, 23/6/73, pág. 8.

⁵⁵ Ambas citas corresponden a *La Nación*, 7/7/73, pág. 8.

reinante y exhortarlos a restablecer la disciplina y el orden prometidos,⁵⁶ sus esfuerzos persuasivos de ningún modo se cifraban en contrastar las distintas fracciones del elenco gubernamental. Muy por el contrario, se ocupaba en insistir en que los sectores contestatarios habían sido alimentados desde el exterior y que sólo representaban la exacerbación de los rasgos característicos del movimiento justicialista.

Finalmente, *Criterio* compartía la mirada de *La Nación* pero en lugar de contraponer comportamientos diversos buscaba mecanismos institucionales y políticos que permitieran reconstruir el poder estatal y zanjar de manera civilizada las tensiones que anidaban en el gobierno. Era sí, más crítico con los dirigentes del peronismo a quienes endilgaba falta de iniciativa para enfrentar “la desorganización del movimiento justicialista y la dura lucha de tendencias que se dirime en su seno”.⁵⁷ La revista incluso llegó a dudar del deseo de Perón de contribuir a la pacificación al adivinar que especulaba con un desgaste de Cámpora que decantara la realidad para volver él mismo al poder a terminar con la “diversión política”.⁵⁸ Los comentaristas católicos insistían en que el país esperaba un cambio y que el peronismo sólo estaría a la altura de las circunstancias si superaba a la vez el “infantilismo revolucionario” y el “cinismo autoritario”.

Hacia mediados de julio, Cámpora y su vicepresidente presentaron la renuncia. *La Nación* interpretó este episodio como el resultado de una “frustración política”. No fue la existencia de un proyecto izquierdizante o la radicalidad de las políticas presidenciales lo que habría precipitado, según sus editoriales, el recambio de autoridades. La caída de Cámpora se explicaba por el vacío de poder. Ahora bien:

“una grosera actitud sectaria se organizó prestamente para aprovechar aquel vacío y convirtió en dogmáticas banderas de intolerancia los principios a cuyo amparo el peronismo había promovido el acercamiento de otros partidos y propuesto el respeto del adversario. Las consecuencias de la actividad de estos grupos con máscara fanática, cuyo epicentro estuvo en las universidades, se expandieron a otras áreas y patrocinaron el desorden constante en términos agresivos a fin de hacerlo el caldo de cultivo de un tipo de aventura más afín con la insurrección que con la consolidación gubernativa.”⁵⁹

⁵⁶ *La Prensa*, 14/6/73, pág. 6.

⁵⁷ *Criterio*, 14/6/73, pág. 277.

⁵⁸ *Criterio*, 12/7/73, pág. 340.

⁵⁹ *La Nación*, 14/7/73, pág. 8.

Si bien *La Prensa* no consagró editorial alguno a la renuncia de las autoridades, sus comentarios coincidieron en identificar el “vacío de poder” y en culpar al justicialismo de confundir instituciones públicas con meros aparatos facciosos. La “anarquía” reinante era ilustrada en una gran variedad de escenarios: el penitenciario, con criminales que imponían condiciones, el gremial, con sindicalistas que detentaban autoritariamente más poder que sus patrones, en el administrativo, con la toma de reparticiones estatales, y el universitario y cultural.⁶⁰ El diario de Paz contrastaba con sarcasmo el “antes y después” del justicialismo :

“En el transcurso de los últimos tiempos, y antes de las elecciones del 11 de marzo, dirigentes políticos y gremiales de diversas tendencias—de manera especial los pertenecientes al FREJULI—alentaron en todos los tonos los gravísimos hechos de violencia ocurridos casi a diario con el claro propósito de llevar el país al caos. [...] Sin embargo, de manera brusca, el panorama expuesto presentó un cariz distinto: desde la asunción de las más altas representaciones públicas por parte del FREJULI, los hechos de violencia—cuyo móvil y características, por una parte, no han experimentado cambios—, son juzgados con verbal severidad no sólo desde las esferas oficiales sino también por parte de aquellos mismos dirigentes políticos y gremiales que hasta el día anterior a las elecciones lo admitían como consecuencia de las ‘injusticias’ [...] los complacientes de entonces se encuentran con la misma situación de perplejidad y sorpresa del aprendiz de brujo, ensayando el apaciguamiento de rebeldías que, sin duda, habría sido mucho más sensato no fomentar.”⁶¹

Por su parte, *Criterio* se proponía un ejercicio de sociología política y constataba, después de los sucesos de Ezeiza, la alianza defensiva conformada por sindicalistas y empresarios frente a la juventud radicalizada. Desde su punto de vista, a esa altura la opción de Perón era evidente.⁶² Detrás del discurso oficial “destinado al consumo del pueblo fiel” era indudable que la renuncia de Cámpora había obedecido a su progresivo aislamiento y a una decisión digitada por el caudillo. ¿En qué había consistido el error de Cámpora y sus seguidores? Claramente en subestimar a sus antagonistas:

⁶⁰ Prácticamente todas las editoriales del período están consagradas a comentar episodios de esta naturaleza. Entre otras puede consultarse: *La Prensa*, 5/7/73, pág. 6; 7/7/73, pág. 6 y 8/7/73, pág. 6.

⁶¹ *La Prensa*, 29/6/73, pág. 6.

⁶² Ver : *Criterio*, 26/7/73, págs. 371-375 y 9/8/73, págs. 407-408.

“En creer que el grupo que rodea a Perón se sirve de él y no éste de aquellos; en creer que Perón es un prisionero mantenido por la fuerza aislado de ‘su pueblo’; en creer que, para Perón, López Rega es un traidor y Oside un asesino; en creer, finalmente, que ellos estaban llamados a administrar el carisma del líder. En un movimiento que profesa el verticalismo estos errores se pagan caro. Pero aquí no sólo perdió un grupo interno del peronismo ; perdió también el país porque no se puede jugar con las instituciones con la desaprensión con que se lo ha hecho.”⁶³

Para la revista católica, las principales fuerzas políticas parecían converger en la apuesta por una solución de fondo. El espíritu nacido de la Hora del Pueblo, el acuerdo económico-social suscripto por la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica y el propósito de las Fuerzas Armadas de apoyar el gobierno constitucional había permitido distinguir con claridad a los argentinos que deseaban la paz de aquellos que habían optado por la violencia. Estaba ahora en manos del gobierno reconstruir el Estado, profundizando sus principios republicanos y orientándolo a la concreción de los objetivos reformistas apoyados por el electorado.⁶⁴

La moderación de *Criterio* y *La Nación* frente a la figura del viejo líder contrastaron con el persistente desdén que *La Prensa* le consagraba desde sus páginas. Asimismo, mientras las dos primeras publicaciones centraron su atención en los conflictos al interior del partido oficial, abogando por la marginación de los elementos más extremos, el periódico de Paz siguió atento a los conflictos laborales y a la situación de la economía y los empresarios. Este espíritu se mantuvo a lo largo de todo el gobierno de Perón. Mientras la revista católica y el diario de Mitre ensayaron sugerencias desde una posición definida por ambos como “no peronista”, *La Prensa* mantuvo su retórica encendida y crítica como último bastión del antiperonismo.

La restitución de la antinomia

Muchos comentaristas de la época insisten en que fue la movilización popular y la amenaza representada por las protestas conducidas por la

⁶³ *Criterio*, 26/7/73, pág. 372.

⁶⁴ *Criterio*, 26/7/73, pág. 374.

izquierda las que desembocaron en el golpe. Una mirada centrada en los discursos de los partidarios del orden parece contradecir estas generalizadas percepciones. Indudablemente, las acciones armadas llevadas a cabo por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y por los Montoneros siguieron despertando la condena de los liberales. No obstante, al tiempo que estos sucesos abandonaban la sección “política” para poblar las “policiales”, los periódicos fueron prestándoles menos atención. En los análisis editoriales, las operaciones de la guerrilla servían ahora para culpar al peronismo de haber alentado estas prácticas o bien de ser incapaz de reprimirlas eficazmente. Es evidente que los comentaristas consideraban que el combate contra las organizaciones políticas armadas ya no requería de esfuerzos retóricos destinados a descalificar sus intervenciones ni de argumentos para persuadir a los lectores de cuidarse de ser “utilizados” por las mismas. Dando por sentado un repudio generalizado, el discurso se orientó a discutir las estrategias más adecuadas para encarar una represión legal y efectiva. En cambio, fueron el “caos” económico reinante, las “excesivas” demandas sindicales, la “agonía” del justicialismo en el poder, el “vaciamiento” de las instituciones republicanas, la “prepotencia” y “corrupción” de los dirigentes los argumentos más frecuentemente esgrimidos a la hora de los análisis políticos.

Bajo la presidencia de Isabel, el apoyo brindado por *La Nación* y *Criterio* al caudillo fue progresivamente reemplazado por una mirada crítica y alarmada. *La Prensa*, por su parte, vio confirmados sus peores pronósticos y se encargó de recordar el carácter premonitorio de sus advertencias. Aunque los liberales habían contemplado con cierta indulgente expectativa la acumulación de poder en manos del ministro de Bienestar Social, de ningún modo se alinearon acriticamente detrás del “giro a la derecha” ensayado por el lopezrreguismo. Si bien su alejamiento fue lamentado como el fracaso del último dique de contención impuesto al sindicalismo, los sonantes casos de corrupción, los oscuros vínculos con las organizaciones paramilitares y su estilo intrigante siempre despertaron recelos. La definitiva y generalizada condena al peronismo se precipitó a mediados de 1975.

Las drásticas medidas económicas impulsadas por un nuevo ministro de Economía, el llamado Rodrigazo,⁶⁵ dejaron al descubierto los

⁶⁵ Nos referimos a las medidas implementadas por el Ministro de Economía Celestino Rodrigo. Se produjo una devaluación del peso del 100%, un aumento del combustible y las tarifas públicas aún superior y una postergación indeterminada de la firma de los convenios salariales.

enfrentamientos en el gobierno y alentaron apreciaciones lapidarias desde el liberalismo. Para *La Nación*, el carácter drástico de las políticas ministeriales de ninguna manera representaba una solución a los problemas del país.⁶⁶ La postura de los jefes sindicales y su afán distribucionista, se consolidó desde entonces como el nuevo adversario de sus editoriales. El matutino les reprochaba su obsesión por la distribución de los ingresos ajena a cualquier análisis sobre la situación económica del país y la “exacerbación artificial de las necesidades”.⁶⁷ Sus argumentos se desvelaron por rebatir la falsa incompatibilidad entre los intereses de trabajadores y empresarios, defendiendo a éstos de una mentalidad que:

“cree —a menudo en forma casi irracional— que toda organización empresarial privada, por el solo hecho de serlo, está inclinada hacia ilegítimos afanes de lucro desmedido o hacia procedimientos reñidos con las normas éticas [los empresarios se ven sometidos a] una especie de jaqueo psicológico permanente, en el cual desgastan gran parte de sus energías y de sus impulsos creadores [...] La actividad empresarial es, en principio y hasta tanto se pueda demostrar formalmente y en cada caso particular lo contrario, una parte legítima de la vida social. Sus afanes de lucro, de expansión y de renovación son una función necesaria para el progreso general de la sociedad.”⁶⁸

Los sucesos de la hora llevaban al matutino a lamentarse porque :

“Hará falta un largo lapso para eliminar el persistente sofisma que ha hecho creer a la mayoría de nuestra población que nuestro aparato productivo puede sobrevivir —como el gusano uníviro de los gnósticos, que se alimenta de su propia cola— sobre la base de un sistema de canibalismo económico, en el cual la prosperidad de un sector se nutre no de su propia productividad sino de la substancia de los demás”.⁶⁹

Con respecto al gobierno, sus críticas se tornarían cada vez más sarcásticas y categóricas. A la incapacidad oficial de frenar la crisis y dictar medidas para encauzar el crecimiento del país, el matutino sumaba ahora, la comprobación

⁶⁶ *La Nación*, 9/6/75, pág. 8.

⁶⁷ *La Nación*, 16/6/75, pág. 8.

⁶⁸ Todas las citas corresponden a la editorial de *La Nación*, 6/6/75, pág. 8.

⁶⁹ *La Nación*, 26/6/75, pág. 8

de su carácter sectario y titubeante. Y es que, desde su punto de vista, la carencia de basamento político del elenco ministerial lo privaba de “las herramientas primordiales para avanzar en un camino en el cual los obstáculos son móviles”.⁷⁰ Para *La Nación*, el clima político del momento era expresión del dramático estallido del peronismo en el poder. En el combate entre los sindicalistas y el círculo presidencial, el matutino no identificaba dos proyectos alternativos sino una simple confrontación por espacios de poder.⁷¹

La Prensa, por su parte, afirmaba que la crisis era el resultado de “30 años de políticas colectivistas” que, finalmente, habían desembocado en el abismo. Llamada a su juego, la publicación de Paz culpaba a los sindicatos y las luchas de poder entre justicialistas:

“Esta lucha de posiciones tácticas y estratégicas, mezclada con el antagonismo sindical, siempre ávido de nuevos beneficios, y ahora también de poder legal, ha hecho imposible cualquier forma de estrictez administrativa y ha impuesto la imperturbable marcha de los despropósitos financieros, de las agresiones económicas, del desdén por los intereses nacionales, no comprendidos por masas sin discernimiento.”⁷²

Del mismo modo que el diario de Mitre, insistía en defender a los empresarios y en justificar el surgimiento de mercados negros:

“Hay que entender de una vez por todas que el nefasto mercado negro y sus malditos especuladores, son el único recurso que una comunidad perseguida por absurdas medidas gubernativas, encuentra para proveerse de lo que es indispensable, y los empresarios y productores de los elementos para seguir produciendo.”⁷³

Reafirmando su desinterés por caracterizar las distintas fracciones del partido oficial, *La Prensa* remitía con frecuencia los sucesos de la hora a la

⁷⁰ *La Nación*, 30/6/75, pág.8.

⁷¹ *La Nación*, 6/6/75, pág. 8.

⁷² *La Prensa*, 29/6/75, pág. 4.

⁷³ *La Prensa*, 5/6/75, pág. 4.

historia del justicialismo y lejos de vincularlos con la muerte del líder, consideraba que “directa o indirectamente, son obra suya”.⁷⁴

Por su parte, *Criterio* recordaba la “alianza objetiva” que había acompañado a Isabel y se lamentaba que ésta y su entorno la hubieran desintegrando irresponsablemente. Concluía que los signos de la crisis se acumulaban y frente a ellos el más visible era la decadencia del rol presidencial. Puesta a analizar la situación económica concluía que las corporaciones involucradas en el Pacto Social eran crecientemente incapaces de garantizar la fidelidad de sus representados y que paralelamente el Estado carecía de poder arbitral. Si bien la culpa recaía principalmente sobre el movimiento peronista, el espíritu cristiano de la revista invitaba a la autocrítica y se refería con insistencia a las fallas de una cultura política deseosa de sortear todo obstáculo a través de una ruptura institucional. Ya hacia mediados de agosto de 1975, la publicación católica se enfrentaba a los rumores golpistas:

“Afrontemos la verdad sin falsas especulaciones: el tema del golpe se ha incorporado a nuestra discusión política. Casi diríamos que acaparan la atención de la gente. No faltan razones para explicar el porqué de esta súbita irrupción. Recesión para el pueblo trabajador, inseguridad física para los empresarios porque la guerrilla no cesa, inflación galopante para todos, degradación de la autoridad, ausencia de alternativas, de programas y de proyectos. Lo peor : descreimiento colectivo, instalado sobre una tradición nacional a la que no es ajena la conspiración y la recurrente intervención militar [...] ¿Tiene todavía nuestro ordenamiento institucional la capacidad suficiente para operar en serio sobre la salud de un país enfermo? Creemos que sí; mejor: queremos creer que así sea.”⁷⁵

En suma, ya hacia mediados de 1975 la atención de estos liberales se cifraba, sobre todo, en el derrotero del gobierno justicialista y en las demandas de los sindicatos. Las apreciaciones sobre la situación económica del país adquirirían contornos dramáticos y comenzarían a esbozar críticas al “Estado populista” que hegemonizarían el debate intelectual en las décadas siguientes.

Puestos a considerar las dificultades del gobierno para fijar precios y salarios, los liberales imputaron la crisis a tres causas fuertemente asociadas.

⁷⁴ *La Prensa*, 15/7/75, pág. 4.

⁷⁵ *Criterio*, 14/8/75, pág. 422.

En primer lugar, vincularon la brecha entre posibilidades y expectativas económicas con un sistema social que conspiraba contra la disciplina del trabajo y la “ética” del sacrificio. En segundo lugar, incriminaron a este modelo un horizonte cortoplacista. En la medida en que el justicialismo se abocaba centralmente a la distribución granjeándose las resistencias del capital, desembocaba en un “canibalismo económico” que ponía en riesgo la supervivencia del capitalismo. Finalmente, derivaban de este esquema social desequilibrado todo un conjunto de desvíos (la inflación, el déficit fiscal, la ineficiencia de las burocracias públicas) que oficiaban, a su vez, como vectores determinantes y perpetuadores de los frustrantes resultados económicos.

En este arco de preocupaciones, la guerrilla sólo merecía comentarios marginales que, en general, insistían sobre sus derrotas y sobre la indiferencia o repulsión que despertaba en la población. Frente a los sucesos de Monte Chingolo,⁷⁶ *La Nación* descubrió uno más de “los tremendos fracasos de las organizaciones del terror, del mismo modo que suponen el afianzamiento de las operaciones militares, apoyadas por la policía”. La derrota de la guerrilla se reflejaba sobre todo en la:

“carencia de adhesión de tipo colectivo. En este sentido se ha comprendido, felizmente, que los procedimientos de violencia desatada que proponen los insurgentes del extremismo no pueden conducir a otra meta que no sea la destrucción de vidas, la ruina de la República y el desaliento general.”⁷⁷

La Prensa se ufana de haber sido una de las voces más consecuentes en la condena de la guerrilla. Pero ahora, el relato minucioso de la crueldad de los participantes (tan característico del pasado) era sustituido por el énfasis en la capacidad y la destreza de los militantes. El rechazo de la comunidad también era afirmado con beneplácito:

⁷⁶ El intento de copamiento del Batallón de Depósito de Arsenales 601, en las inmediaciones de Monte Chingolo fue, por sus características generales (sincronización, cantidad de efectivos y armamento, espacio de operaciones y objetivos) una de las acciones armadas de mayor magnitud en la historia del país. Estuvo protagonizada por miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y tuvo lugar en diciembre de 1975.

⁷⁷ *La Nación*, 26/12/75, pág. 6.

“El pueblo argentino ha recibido con explicable satisfacción esta esperada respuesta a la faena criminal del terrorismo, del asesinato a mansalva y la guerrilla. Debe decirse en favor de las Fuerzas Armadas que ellas han debido luchar asimismo contra el tiempo perdido por la indefinición del gobierno, por las vacilaciones de muchos políticos y por el silencio complaciente, sino cómplice, de quienes dificultaron con sus renuencias y remisiones la represión indispensable.”⁷⁸

Criterio ya había comentado la indiferencia con que los sectores populares observaban las acciones de la guerrilla, pues ellos “no están sometidos a la violencia que agobia a los hombres públicos; padecen la inseguridad económico-social. Dos cosas muy distintas que permiten entender por qué el terrorismo no despierta la repulsa de las multitudes”.⁷⁹ Su interés apuntaba en dos direcciones: por un lado, a la necesidad de guiar la lucha antisubversiva por principios cristianos, de modo que la vida del hombre y su integridad estuviera por encima de todo; por otro, a la condena de los sectores nacionalistas de derecha que desde dentro o fuera de la Iglesia planteaban la represión como una “guerra santa”.⁸⁰

El círculo parecía cerrarse. Iniciada con el cordobazo, la disgregación del consenso antiperonista volvía a desembocar en la condena al movimiento de Perón. Tímidos y militantes los comentaristas de *La Nación* y *La Prensa*, intuyeron y jugaron a favor del golpe de Estado. *Criterio*, en cambio, lo reconoció como probable pero intentó, hasta entrado el mes de marzo, propiciar una recomposición dentro del sistema político vigente.⁸¹

A modo de conclusión

La década del setenta marca, indudablemente, un punto de inflexión en la historia argentina reciente. Su devenir aparece así como una coyuntura densa, una trama inquietante que invita a reflexionar tanto sobre el carácter disolvente cuanto productivo de la crisis. Ésta, vale recordarlo, no se limita a la redefinición de la naturaleza de la sociedad sino que involucra la experiencia de los actores y en sus categorías cognitivas más elementales.

⁷⁸ *La Prensa*, 26/12/75, pág. 6.

⁷⁹ *Criterio*, 12/7/75, pág. 293.

⁸⁰ *Criterio*, 22/1/76, págs. 3-7.

⁸¹ *Criterio*, 11/3/76, pág. 99-102.

Sabemos que desde los años cincuenta, liberalismo y antiperonismo se sumieron en un profundo desconcierto. Si bien, como señala Sidicaro (1993) ambos proveían una unidad ideológica a las categorías dominantes, no lograban contrarrestar los conflictos de intereses en el plano económico ni orientar de un modo afirmativo la acción política. Los intelectuales de la derecha estuvieron ausentes de los dos ámbitos de universalidad por excelencia. Ni la política, donde los partidos liberal-conservadores fueron transitorios e ineficaces, ni la universidad, cuyos claustros se poblaron de las capas medias, de los intelectuales progresistas o, circunstancialmente, de acólitos del nacionalismo reaccionario, fueron usinas ideológicas capaces de pensar la Argentina “desde arriba”. La misión de aglutinar y conducir las acciones de quienes se encontraban en los peldaños superiores de la estructura social recayó sobre el particularismo de las corporaciones empresarias y los llamados impotentes de la prensa liberal. En el primer caso, las reflexiones se tornaron pedestres, destinadas casi con exclusividad a la defensa de intereses privados y a la disputa por prebendas estatales. En el segundo, un conjunto de intelectuales intentó ya no bregar por un modelo de sociedad que había quedado vacante, sino al menos mantener vivos algunos principios que consideraban constitutivos de la Nación.

En el marco de efervescencia simbólica que acompañó la radicalización de la política y el retorno del peronismo al poder, la prensa liberal debió asumir la tarea de reivindicar el legado de los antepasados y conjurar la amenaza en ciernes. Al hacerlo, no actuó siempre de modo acompasado y convergente ni tuvo recelos a la hora de soslayar antagonismos ancestrales. Con excepción de *La Prensa* sus plumas no identificaron un único culpable al cual endilgar toda la responsabilidad por la debacle. Muy por el contrario, los editorialistas siguieron de cerca las coyunturas políticas preocupados por detectar a cada paso las fuentes del peligro.

Al menos para el lapso que va entre 1969 y 1973, no hubo coincidencias en el pensamiento de la derecha. En efecto, existió no sólo una fractura entre liberales y nacionalistas sino profundas diferencias dentro del primer grupo. De este modo, el antiperonismo, con que suele caracterizárselos, no fue consistente a lo largo de todo el ciclo, y no impidió el apoyo transitorio al líder del justicialismo cuando éste pareció encarnar los principios abrazados por los comentaristas de *Criterio* y *La Nación*.

Con la irrupción de otras fuerzas en la escena pública cuyas demandas y métodos de confrontación radicalizaron los que habían definido al ejercicio de la política desde 1955, el consenso en torno de la antinomia peronistas-antiperonistas se disolvió. Una nueva frontera separó a los partidarios del orden. Unos identificaban las causas de la decadencia en las opciones políticas que habían viciado el sistema institucional al proscribir al peronismo. Otros imputaban la gran frustración a la incapacidad de políticos y militares de erradicar las simientes de la Argentina populista. Mientras los “no peronistas” descubrían las virtudes de la política democrática y contraponían la legalidad a los objetivos invocados por los revolucionarios, los antiperonistas impugnaban el acercamiento entre radicales y peronistas llamando a las Fuerzas Armadas a evitar el regreso de la “tiranía”. Sobre los primeros se asentó el proyecto de Lanusse y la convocatoria a elecciones abiertas en 1973. Los segundos, por su parte, perseveraron en la denuncia de esta estrategia, descreyendo de las capacidades pacificadoras de Perón.

Tras el retorno del peronismo al poder, la oposición a la juventud justicialista volvió a nuclear a los representantes del liberalismo conservador. Vinculándolos o contraponiéndolos con el resto del partido oficial, los editoriales coincidieron en caracterizarlos como “violentos” y “autoritarios” y dirigieron hacia ellos las mismas críticas que durante décadas habían consagrado a los ideólogos del nacionalismo. Los no peronistas apoyaron el proyecto de Perón contraponiendo la buena predisposición de los antiguos adversarios a la ingratitud de la juventud radicalizada. La institucionalización del movimiento justicialista y su purga se convirtieron en imperativos de la consolidación de la autoridad presidencial. Los antiperonistas más intransigentes cuestionaban las esperanzas de los nuevos aliados de Perón recordando dos elementos significativos. Por un lado, aducían que los rasgos autoritarios estaban presentes en todo el movimiento justicialista y que no sólo los jóvenes sino también los sindicalistas y el líder amenazaban a la Argentina liberal. Por el otro, refrescaban la memoria de los súbitamente reconciliados, planteando como inviable la restitución de una ortodoxia pacificadora cuando quienes la invocaban habían llamado apenas unos meses atrás a la toma de las armas.

Muerto el líder y encarrilados los conflictos en la lógica de la sociedad populista, el acuerdo fue totalmente restituido. La antinomia peronista-antiperonista recobraba su productividad y, ahora frente a un enemigo es-

cindido y debilitado; viejos y nuevos argumentos concurrían para avalar las sentencias sobre la culpabilidad del legado de Perón. Estaba claro para las tres publicaciones analizadas que el principal peligro en los albores del golpe no era de ninguna manera la guerrilla sino el desmoronamiento del peronismo en el poder. El riesgo no se cifraba en la toma violenta del Estado sino en la amenaza de que al desplomarse, el justicialismo arrastrara consigo las preciadas instituciones políticas y económicas forjadas por los padres fundadores.

En este contexto, liberales y nacionalistas coincidieron en que la desintegración social se cernía sobre la Argentina y que los herederos de Perón eran incapaces de recomponer el orden. Ahora bien, mientras los liberales condenaban, hacia principios de 1976, tanto las organizaciones armadas de izquierda como las de derecha y llamaban a las Fuerzas Armadas a encarar la represión con toda la fuerza de la ley, los nacionalistas se alistaron en una guerra santa y sucia perpetuando una faena que ya respaldaban con el accionar de la triple A. El pesimismo que transmitieron frente a los diversos intentos de recomposición institucional y la voluntad de identificar la moderación y la racionalidad con las Fuerzas Armadas, constituye sin duda (exceptuando a *Criterio*) un aporte significativo de la prensa liberal al golpe. El silencio y, consiguientemente, la complicidad con que acompañaron al Proceso de Reorganización Nacional no forman parte de nuestro trabajo pero tampoco pueden dejar de mencionarse.

Con este sucinto recorrido se ilustra la vocación hegemónica de las plumas liberales que, en un escenario adverso, lejos de atrincherarse en la defensa de prerrogativas sectoriales y en el ejercicio de la fuerza, intentó articular sus intereses particulares con la realización del interés general. En este sentido, parece útil la distinción propuesta por Lechner (1985) entre “estrategia de poder” y “estrategia de orden”. Mientras en el primer caso se trata de llevar la lucha por la organización de la sociedad a un plano corporativo de defensa de cuestiones particulares, en el segundo se busca concebir la transformación (o conservación) del orden como mecanismo para el despliegue de ideales comunes. De este modo, la “nostalgia por el orden perdido” y la apelación a los hitos fundantes de la República, rasgos distintivos del pensamiento liberal local, no constituyeron una fuga resignada hacia el pasado sino, muy por el contrario, un soporte de legitimidad y una fuente de inspiración destinada a poner de manifiesto los errores de sus rivales.

La identificación del enemigo...

Así, como ha señalado Leis (1991), mientras los intelectuales de la derecha conservaron mayor autonomía con respecto a los intereses inmediatos de los sectores amenazados y se dedicaron a minar la imagen pública de sus adversarios, el discurso de la izquierda fue galvanizado por la idea de revolución (o de violencia), degradando a la política y al conflictivo diálogo que la acompaña. La progresiva marginalización de la palabra política por parte de la izquierda y el peronismo fue alimentada por las urgencias de la militarización y la lealtad. Y el silencio fue, de algún modo, uno de los primeros indicios de la derrota.

Referencias bibliográficas

Acuña, Carlos, 1988. "Empresarios y política (I). La relación de las Organizaciones Capitalistas con Regímenes Políticos en América Latina : Los casos Argentino y Brasileño" en *Boletín Informativo Techint*, num. 251.

Altamirano, Carlos, 1992. "Peronismo y cultura de izquierda", mimeo.

Balvé, Beba y Beatriz, Balvé, 1989. *El '69: Huelga política de masas*, Buenos Aires, Contrapunto.

Bobbio, Norberto, 1998. *Derecha e Izquierda*, Madrid, Taurus.

Brennan, James, 1996. *El Cordobazo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Buchrucker, Cristián, 1999. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Cávarozzi, Marcelo, 1988. "Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955" en O'Donnell, Guillermo ; Phillippe, Schmitter y Laurence, Whitehead *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, vol. 2 América Latina.

Cheresky, Isidoro y Jacques, Chonchol, 1985. *Crisis y transformación de los regímenes autoritarios*, Buenos Aires, EUDEBA.

De Amézola, Gonzalo, 1999. "El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional" en Pucciarelli, Alfredo (comp.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, EUDEBA.

De Ipola, Emilio y Liliana, De Riz, 1982. "Un juego de cartas políticas". Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual" en: Camacho, Daniel y otros *América Latina. Ideología y Cultura*, San José de Costa Rica, FLACSO.

De Riz, Liliana, 1986. *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Dell'Oro Maini, María Magdalena. 1995. "Criterio en el pensamiento de su fundador" en *Criterio*, 12/10 y 26/10.

García, Prudencio, 1995. *El drama de la autonomía militar. Argentina bajo las Juntas militares*, Madrid, Alianza Editorial.

Halperín Donghi, 1994. *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.

Itzcovitz, Victoria, 1985. *Estilo de gobierno y crisis política (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL.

Ivenreigh, Austen, 1991. "Franceschi y el movimiento católico integral, 1930-1943" en: *Criterio*, 14/11 y 28/11.

James, Daniel, 1990. *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.

Johnson, Kenneth, 1967. *El espectro de la ideología política argentina*, Buenos Aires, s/e.

Kandel, Pablo y Mario, Monteverde (1976. *Entorno y caída*, Buenos Aires, Editorial Planeta.

Lechner, Norbert, 1985. "Aparato de Estado y forma de Estado" en Labastida, Julio y Martín, del Campo *Hegemonía y alternativas políticas en América latina*, México, Siglo XXI/UNAM.

Leis, Héctor, 1991. *Intelectuales y política 1966-1973*, Buenos Aires, CEAL.

Lewis, Paul, 1993. "The Right and Military Rule 1955-1983" en: Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins. 1910 to the Present*, Wilmington, Sr. Books.

López, Ernesto, 1987. *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa.

Malimacci, Fortunato, 1994. "La Iglesia argentina frente al liberalismo" en VVAA *Historia general de la Iglesia en América Latina*, Buenos Aires, CEHILA - Ediciones Siganme.

Mattelart, Armand, 1976. "La mitología de la juventud en un diario liberal" en Mattelart, Armand ; Mable, Piccini y Michèle, Mattelart *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal*, Buenos Aires, El Cid Editor.

Mc Gee Deutsch, Sandra y Ronald, Dolkart, 1993. *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins. 1910 to the Present*, ob. cit.

Monserrat, Marcelo, 1999. "El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio*. 1928-1968" en: Girbal-Blacha, Noemí y Diana, Quattrocchi-Woisson *Cuando opinar es actuar. Revistas Argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

Navarro, Marisa, 1995. "Evita y la crisis del 17 de octubre : un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista" en Torre, Juan Carlos (comp.) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.

O'Donnell, Guillermo, 1982. *El estado Burocrático Autoritario, 1966-1973*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.

Portantiero, Juan Carlos, 1977. "Economía y política en la crisis argentina, 1955-1973", en *Revista Mexicana de Sociología*, num. 2.

Rock, David, 1993. *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y sus influencias en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel.

Romero, José Luis, 1988. *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Servetto, Alicia, 1998. *De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada 1973-1976*, Córdoba, Ferreyra Editor.

Sidicaro, Ricardo, 1982. "Poder y crisis de la gran burguesía agraria argentina" en: Rouquié, Alain (comp.) *Argentina Hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sidicaro, Ricardo, 1993. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Sidicaro, Ricardo, 1998. "Cambios en el Estado y transformaciones en el peronismo" en *Sociedad*, num. 12/13.

Sigal, Silvia, 1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

Sigal, Silvia y Eliseo, Verón, 1988. *Perón o Muerte*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Svampa, Maristella 1994. *El dilema argentino : Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

Terán, Oscar, 1993. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

Tortti, María Cristina, 1997. "Protesta social y Nueva Izquierda del Gran Acuerdo Nacional", mimeo.

Torre, Juan Carlos, 1989. *Los sindicatos en el gobierno*, Buenos Aires, CEAL.

Villagrán Kramer, 1968. "Conflictos entre la derecha" en Villagrán Kramer, Francisco y Mario Monteforte *Izquierdas y derechas en Latinoamérica : sus conflictos internos*, Buenos Aires, Pleamar.

Wrong, Dennis, 1980. *Power. Its forms, bases and uses*, Nueva York, Harper.